

RESEÑAS		POESÍA
<p>“Aquí no yace, ni allí”</p> <p><i>Oda a John Wayne (Historia personal de los Estados Unidos)</i> ÓSCAR TORRES DUQUE Editorial Pontificia Universidad Javeriana, colección Poesía, Bogotá, 2010, 88 págs.</p> <hr/> <p>I</p> <p>ESTE LIBRO –cuarto poemario publicado por el bogotano Óscar Torres Duque– es exigente, retador. En principio desconcierta, no resulta fácil leerlo. En una entrevista con la cronista Leila Guerrero, el narrador español Juan José Millás afirmó: “Yo creo que un texto es bueno cuando estás dentro de él y los recursos morales y estéticos con que te manejas habitualmente no te sirven”. Algo así ocurre en esta oportunidad. Uno piensa que va a leer poemas y se topa con:</p> <p>Celebrad la primera línea, entre el silencio y el silencio, los nombres nuevos con forastera pronunciación, y a este hombre nuevo, de viejo nombre, a quien la fatalidad de tanta y tan ilusa historia ha imaginado como un vaquero de rostro adusto inconfundible.</p> <p>Primera línea: qué más da, la undécima o casi la última, el poeta ignora todo de su oficio: no sabe cuándo empezó, no sabe cuándo termina.</p> <p>Pero yo sé que hubo líneas escritas por mi mano, allá en Colombia, o lo sabía, y un día quise leerlas, y no pude.</p> <p>[pág. 21]</p> <p>Se apresta uno a leer una oda sobre un ícono inconfundible de Hollywood y aparece el siguiente personaje: Un hombre “mayor”, de marcado desaliño en su apariencia, panzón, simpático en el principio, hablador en el principio.</p> <p>[pág. 65]</p> <p>..... el sonriente y algo obeso y mal vestido</p>	<p>y poco típico “americano” que creyó reconocerse con su “¿hablas español?”</p> <p>[pág. 22]</p> <p>El doble título, <i>Oda a John Wayne (Historia personal de los Estados Unidos)</i>, cumple a cabalidad la función de despistar desde el comienzo. La historia de los Estados Unidos que se nos presenta no es monumental, es íntima. Y el protagonista no es el famoso <i>cowboy</i> americano, implacable, avasallador. El John Wayne a quien está dirigida la oda es otro, un antihéroe silencioso, anodino. El ser humano escogido por Óscar Torres para acompañar la historia de su estadía en los Estados Unidos es un perdedor:</p> <p>Tal vez no un terrorista, pero sí un perdedor, que es peor.</p> <p>[pág. 85]</p> <p>El tocayo de John Wayne que el poeta descubre es, con todas las letras, un <i>looooooser</i>, un “eterno segundón”, un don nadie que no por ello carece de grandeza:</p> <p>Que hay una grandeza posible en cada mínima y vil criatura social, que hay una grandeza. Y mucho silencio, mucha muerte, y la miseria interminable.</p> <p>[pág. 22]</p> <p>II</p> <p>Superado el desconcierto inicial, y asimiladas las rupturas respecto a lo que estamos acostumbrados a leer como poesía, <i>Oda a John Wayne</i> se impone como un todo unitario, orgánico, continuo, un poema de larguísimo aliento que entreteje tres líneas discursivas que se pueden seguir con claridad: la primera es la relación de amistad que surge entre el autor y el protagonista a partir de su encuentro casual en un paradero de bus de Iowa; la segunda podría llamarse metapoética o autorreferencial, donde el autor despliega constantes digresiones sobre el tiempo, el olvido, el clima, el consumo, la escritura y la poesía misma; la última da cuenta de la experiencia del migrante, del exiliado –en este caso el autor del libro– que escribe su testimonio desde “el infierno, en tierra ajena, sin tierra”.</p> <p>Para componer esta singular <i>Oda...</i>, Óscar Torres retoma elementos de la</p>	<p>tradición clásica, como la distribución del contenido en diez pasajes que, al modo de <i>La Iliada</i>, constituyen extensos cantos. El tono por instantes épico, grandilocuente, así como el empleo permanente del versículo, remiten a ese mismo acervo:</p> <p>De eso se trata, en eso consiste contar una historia y cantar la gloria, sospechosa gloria humana.</p> <p>[pág. 21]</p> <p>Entre los referentes que tuvo en cuenta al momento de acometer la oda, el poeta menciona explícitamente los casos de Cernuda –“Oda a George O’Brien”– y de Lorca –“Oda a Walt Whitman”–. Whitman es una referencia esencial. Su influjo se advierte desde la recurrente invocación inicial (“Celebrad”...), que emula el comienzo del “Canto a mí mismo”. En un opúsculo publicado seis años antes de la aparición del libro, titulado <i>En la carpeta de “Oda a John Wayne”</i>, Torres Duque se cuestionó este carácter celebratorio:</p> <p>¿Por qué no celebrarse? Justo porque ya te has perdido, futuro no hay, sólo nostalgia.</p> <p>El autor asume estas influencias trastocándolas, parodiándolas incluso, como ocurre en la página 55 cuando, luego de repetir por cuarta vez la invitación a celebrar sus líneas, él mismo se fustiga:</p> <p>–“celebralas vos, poeta güevón”, me había dicho en paisa una voz interior–.</p> <p>Otra referencia primordial aparece al comienzo del canto IV del libro, cuando el autor alude a la célebre estrofa de Antonio Machado:</p> <p>Canto y cuento es la poesía. Se canta una viva historia contando su melodía.</p> <p>Canto y cuento, viva historia y melodía, a esto es a lo que aspira la <i>Oda a John Wayne</i> al momento de evocar la vida, la “prosa de la vida” de su protagonista:</p> <p>La prosa de la vida, John, tus cigarrillos –¿marca?–, tu ropa sucia, tu gastada y potente Nikon, tu libro de ruso, tu libro de español,</p>

POESÍA		RESEÑAS
<p>no hay manera de sustraerse a la prosa de la vida, yo consumo, tú consumes, <i>take it or leave it</i>, man, esto no es un juego, no hay disneylandia que valga.</p> <p>[pág. 34]</p>	<p>John Wayne, fotógrafo, homosexual, vive en un tráiler y conversa ocasion- almente con el poeta colombiano en los trayectos del bus. Poco más nece- sitamos saber de él para confirmar su rotunda marginalidad:</p> <p>John Wayne, maldita tu suerte de haber sido señalado con el nombre del otro, maldita y bienvenida, al margen, segregada, siempre el otro, el extraño, el raro, el maricón contra el macho, el extranjero, y ahí estaba tu utopía, en ese estar afuera, ser evocado afuera.</p> <p>[pág. 73]</p>	<p>Al lado de su amigo John Wayne, el otro gran protagonista de esta oda es el propio autor, el poeta colombiano Óscar Torres Duque. Impresiona lo sin- cero, descarnado y honesto que llega a ser su testimonio. A raíz del secuestro de su suegro –a quien está dedicado el libro–, el poeta sale amenazado de Co- lombia hacia los Estados Unidos con su esposa e hijos. Allí vivirá, soporta- rá y escribirá durante cuatro años la dura extrañeza de tener que respirar otra tierra, otro clima, otra lengua y otros alimentos, con “un país atrave- sado en la garganta”. De una manera confesional y cerebral, visceral y ela- borada –“espontáneamente sesudo, y viceversa”, dijo el autor durante un conversatorio con estudiantes univer- sitarios–, el poeta celebra el prodigio de poder conseguir guascas y alcapar- rras para preparar un ajiaco <i>made in</i> Iowa, cuenta cómo aprende a aprove- char las contadas cosas que son gratui- tas y, sobre todo, refiere con lujo “la cotidianidad del desperdicio, el día a día del consumo”:</p>
<p>III</p> <p>Un aspecto clave pronto se pone de manifiesto en el libro, es su carácter marcadamente elegíaco:</p> <p>John Wayne está muerto y yo estoy escribiendo para alcanzarlo, o para darme alcance y carroñeramente usar su muerte, como se usa una lengua (¿que existe?), para escribir la línea, la primera, mi primer verso escrito en los Estados Unidos.</p> <p>[pág. 26]</p>	<p>Falta destacar un último detalle, inexcusable para redondear su bio- grafía: al arrojarle del sexto piso de un modesto parqueadero en construc- ción, este pacifista termina su vida co- metiendo “violencia contra sí mismo”. “No hay que hacer pactos con suici- das”, “No es bueno hacer pactos con suicidas”, se repite perplejo el autor, queriendo asimilar los motivos de tal decisión:</p> <p>Murió de haber vivido mucho, mucho en este país, más de cincuenta años y ni una luz al final del túnel, ni siquiera la suya, su luz, sino una luz para cualquier parroquiano que se apee, que se baje del carrusel y quiera mirar atrás, mirar al frente, del carrusel que es los Estados Unidos, que es el mundo, empujado por alguien, por qué palanca.</p> <p>[pág. 86]</p>	<p>no hay que estar en Disneylandia para estar en Disneylandia. Beberse toda la <i>root beer</i>, empacarse todo lo que quepa en la barriga de todos los All You Can Eats, agotar las existencias del caritativo Wal-Mart y donar los desperdicios al Salvation Army o revenderlos en todos los <i>garage</i> <i>sales</i> del país</p> <p>[págs. 73-74]</p>
<p>Como testimonio de una amistad fortuita, intermitente –“de tanto, o de tan poco que nos encontramos nos hi- cimos / amigos” [pág. 47]; “No compar- timos nunca una bebida o una comida, / tampoco un cigarrillo” [pág. 66]–, <i>Oda a</i> <i>John Wayne</i> termina siendo un sentido homenaje póstumo y, al mismo tiempo, la historia pormenorizada de un desen- cuentro: “Los encuentros, pues, vienen a ser un solo e inmenso desencuentro” [pág. 67]. El retrato que Torres Duque esboza de su amigo <i>americano</i> es, por una parte, precario –“Todo lo que tengo ahora son algunas palabras, casi sin voz, / unas sonrisas, su imagen borrándose aprisa” [pág. 40]–, pero, por otra, traza con hondura los rasgos de la biografía y el carácter de este <i>outsider</i>, discípulo de Kerouac que siendo aún muy joven deja su lar materno para convertirse en vagabundo,</p>	<p>IV</p> <p>¿Pero qué pasa cuando no hablas una lengua sino que la usas? ¿Cuando usas el inglés como parte de tu decir castellano, –bueno, colombiano– y de tu angustia intraducible, poética, si ella fuera a ser materia de un hablar sonoro más de lo que es maloliente desperdicio de intimidad casera, y ni siquiera casera?</p> <p>[pág. 25]</p>	<p>Todo se vende y se compra. Todo tie- ne precio y se comercializa. Bueno, no todo, casi todo, algunas cosas parecen escapar al dominio de la usura: Pero mira, hay aquí arte, pinturas, esculturas, la música no se detiene, las fotos de John Wayne reposan en un portafolio inexistente, invendibles, algo no se vende, algo no podría venderse aun si el jeque ofrece varios pozos de petróleo en Kuwait, algo no vale la pena, ni el billete, ni siquiera una vil moneda, y es precioso, y es arte, y está libre de la usura, de la usura, de la usura.</p> <p>[pág. 73].</p>
<p>en buscador de la aventura del arte, y del arte de la vida</p> <p>[pág. 48]</p> <p>Y que en San Francisco, a finales de los años sesenta, experimenta el au- ge del LSD y la psicodelia, y en Nueva York vive un periodo de abuso de las drogas duras que no parecían haber dejado más huella en ti que en tu cansancio de figura, que en tu cinismo y tu negativa a tomar ningún camino</p> <p>[pág. 50].</p>		

La amistad también es gratis, es otro de los pocos ámbitos de la existencia que escapan a la usura. De ahí la importancia invaluable que tiene para este libro la amistad que nace entre John Wayne y el poeta, ambos excéntricos, extraños, extranjeros cada uno a su manera. Es justamente la otredad lingüística, la diversidad de sus lenguas, lo que permite que se relacionen cuando Wayne empieza a preguntarle a Óscar en el *bus stop* si habla español –“¿Hablas español?”–. “¿Te gusta la noche?”. “¿Escribes poesía?”. “¿Vives con tus abuelos?”. “¿Hablas polaco?”. “¿Te gusta por detrás?” [pág. 22]–. El *espanglish*, el hibridismo, la experiencia bilingüe, trilingüe, es el puente sobre el cual gravita esta relación, que alcanza puntos sobrecogedores de intimidad, como cuando Wayne le confía al poeta durante la última charla que sostienen:

“yo soy enfermo, tú no eres”.

La frase es brutal por lo que, sabíamos, implica el uso del verbo “ser” en vez del verbo “estar”.

[pág. 66]

A partir de su forzoso periodo como meteco en los Estados Unidos –“El exilio es la utopía”, cita de un personaje de Piglia, es una de las claves que el autor reitera para dilucidar esta experiencia–, Óscar Torres ha creado uno de los libros más desgarradores, anómalos y espléndidos de la poesía colombiana de los últimos tiempos. Pues si bien fue escrito entre 2004 y 2007 en una diáspora entre Iowa City, Brunswick y Lewiston, *Oda a John Wayne* es un libro colombiano hasta la médula. Tal es la estela que deja el poeta a lo largo de sus ochenta y ocho páginas, la de un “retorno imposible”, la de un porfiado “lenocinio de memorias sin raíz”:

Colombia, Colombia, nombre,
símbolo, mapa,
una marca indeleble a pesar de
todas las jugadas del hijo pródigo,
de todas las sátiras habladas y
escritas

.....
el sabor de un pandero, de
una milhoja, de un tamal
santandereano,
el regusto de un buen ron viejo de
caldas y el retacto de aferrar su
botella mientras se escucha la voz
de Alci Acosta a la intemperie en
la plaza de Usaquén.

Cualquiera diría. Cualquiera,
que basta con nombrarlas, esas
cosas, esos nombres, esos hombres
y mujeres
para que estén allí y te acompañen.
Pero no es cierto, la ausencia no es
un tropo,
no hay metonimia que valga cuando
el retorno es espejismo
y no puedes abrazar a quienes amas.
[págs. 56-58]

Hay que destacar, por último, el trabajo del equipo que la editorial de la Universidad Javeriana convocó para realizar este libro. Jineth Ardila estuvo al cuidado del texto, respetando las numerosas peculiaridades tipográficas y sintácticas de los versículos sin dejar colar una sola errata. Ignacio Martínez-Villalba, en el diseño, y María Victoria Mora, en la diagramación, redondearon con gusto y sobriedad esta impecable labor.

John Galán Casanova